

«padre mío», y váyase lo uno por lo otro. En seguida te la traerán. Lo tenía previsto, créeme. Esto ha sido ya puesto en verso. Es el desenlace de la elegía del *Enfermo* de Andrés Chenier, de Andrés Chenier, á quien degollaron los malva..., los gigantes de 93.

Figurósele al señor Gillenormand percibir un ligero fruncimiento de cejas en Mario, quien, á la verdad, debemos decirlo, ya no le escuchaba, sumido en amoroso éxtasis, y pensando mucho más en Cosette que en 1793. El abuelo, temeroso de haber introducido tan fuera de tiempo á Andrés Chenier en el diálogo, repuso con precipitación:

—Degollaron, no es la palabra propia. El hecho es que los grandes genios revolucionarios, que no eran malvados; esto es incontestable; que eran héroes, ¡pardiez! conocían que Andrés Chenier los molestaba un poco, y le hicieron guillot... Es decir, que esos grandes hombres, el 7 de termidor, por interés del bien público, suplicaron á Andrés Chenier que se dejase...

El señor Gillenormand, cogido, como quien dice, entre dos fuegos por su propia frase, no pudo continuar. No acertando á concluir ni á retractarse, aprovechó el instante en que su hija arreglaba la almohada de Mario, y trastornado con tan vivas emociones, se lanzó tan aprisa como se lo permitieron sus años fuera de la alcoba, cerró la puerta tras de sí, y encendido el rostro, sofocado, echando espumarajos por la boca, desencajados los ojos, se encontró cara á cara con el buen Vasco que limpiaba las botas en la antecámara, le cogió del cuello y le gritó furioso:

—¡Por todos los diablos del infierno! ¡Sí! ¡Le asesinaron esos bandidos!

—¿A quién, señor?

—A Andrés Chenier.

—Sí, señor,—se apresuró á decir Vasco asustado,

IV

DONDE SE VERÁ QUE LA SEÑORITA GILLENORMAND SE CONFORMÓ AL FIN CON QUE EL SEÑOR FAUCHELEVENT ENTRASE LLEVANDO UN BULTO DEBAJO DEL BRAZO.

Cosette y Mario se volvieron á ver.

Renunciamos á describir la entrevista. Hay cosas que no son del dominio de la pintura; el sol, por ejemplo.

Toda la familia, incluso Vasco y Nicolasa, estaba reunida en el cuarto de Mario cuando entró Cosette.

Apareció en el umbral; diríase que la rodeaba una aureola.

Precisamente en aquel instante iba á sonarse el anciano, y se quedó parado, cogida la nariz y mirando á Cosette por encima del pañuelo.

—¡Adorable!—exclamó.

Después se sonó estrepitosamente.

Cosette estaba embriagada de placer, medio asustada, en el cielo. Tenía ese azoramiento que da la felicidad. Balbuceaba, ya pálida, ya encendida, queriendo echarse en brazos de Mario, y sin atreverse. Avergonzabase de amar delante de tanta gente. No hay compasión para los amantes dichosos; se está junto á ellos cuando más desearían verse solos. ¿A qué necesitan de todas esas personas?

Detrás de Cosette había entrado un hombre de cabellos blancos, grave y, sin embargo, sonriente, aunque su sonrisa tenía cierto tinte vago y doloroso. Era el señor Fauchelevant; era Juan Valjean.

Estaba *vestido decentemente*, como había dicho el portero, de negro y de nuevo, y con corbata blanca.

El portero no podía, ni remotamente figurarse, en aquella persona bien vestida, en aquel notario probable, al horrible individuo que surgió ante él la noche del 7 de junio, harapiento, lleno de fango, asqueroso, con antifaz de sangre y cieno, llevando en brazos á Mario sin sentido; y, sin embargo, su olfato de portero estaba excitado. Cuando el señor Fauchelevant llegó con Cosette, no pudo menos de decir por lo bajo á su mujer:

—No se por qué, pero se me antoja que he visto otra vez esa cara.

El señor Fauchelevant, en el cuarto de Mario, permanecía como aparte y junto á la puerta. Llevaba bajo el brazo un paquete bastante parecido á un tomo en octavo, con cubierta de papel verde, algo mohoso.

—¿Llevará siempre ese caballero libros bajo el brazo?—preguntó en voz baja á Nicolasa la señorita Gillenormand, poco amiga de libros.

—¡Y qué!—respondió en el mismo tono el señor Gillenormand que la había oído;—será algún sabio. ¿Qué tiene eso de particular? ¿Es culpa suya? El señor Bouland, á quien conocí, no salía nunca sin un libraco, así como lo lleva el señor.

Y saludando, dijo en voz alta:

—Señor Tranchelevant...

El señor Gillenormand no lo hizo adrede, pues la poca atención á los nombres propios era en él estilo aristocrático.

—Señor Tranchelevant, tengo el honor de pedi-

ros para mi nieto, el señor barón Mario de Pontmercy, la mano de esta señorita.

«El señor Tranchelevant» se inclinó en señal de asentimiento.

—Negocio concluido,—dijo el abuelo.

Y volviéndose hacia Mario y Cosette, con los dos brazos extendidos, en actitud de bendecir, les gritó:

—Se os permite adoraros.

No dieron lugar á que se les repitiese, pues en seguida empezó el susurro. Se hablaban en voz baja, Mario recostado en el sillón y Cosette de pie junto á él.

—¡Dios mío!—decía Cosette,—os vuelvo á ver. ¡Eres tú! ¡Sois vos! ¡Haber ido á combatir de ese modo! ¿Y por qué? Es horrible. En cuatro meses no he vivido. ¡Oh! ¡qué maldad haber tomado parte en esa batalla! ¿Qué os había yo hecho? Os perdono, pero con la condición de que será la última vez. Ahora mismo, cuando se nos avisó que viniésemos, creí de nuevo que iba á morir, pero era de alegría. ¡Estaba tan triste! No me detuve á vestirme; y así debo parecerle horrorosa. ¡Qué dirán vuestros padres al reparar que traigo el cuello tan estrujado! Pero ¡hablad! Seguímos viviendo en la calle del Hombre-Armado. ¡Con que tan honda herida tenías en el hombro! Me han asegurado que cabía dentro el puño. Además, parece que ha habido carne cortada con tijeras. Esto sí que causa horror. He llorado hasta agotarse el raudal de mis lágrimas. No comprendo como se puede sufrir tanto. ¡Qué aire de bondad el de vuestro abuelo! No os molestéis, no os apoyéis en el codo, vais á haceros daño. ¡Oh! ¡qué feliz soy! Ha acabado para nosotros la desgracia. Soy una tonta. Quería deciros cosas que no sé. ¿Me amáis como antes? Vivimos en la calle del Hombre-Armado. Allí no hay jardín. Mi pasatiempo consistía en hacer hilas. Aquí tenéis, caballero; mi-

rad como por culpa vuestra se me ha formado en este dedo una callosidad.

—¡Ángel!—exclamó Mario.

Ángel es la sola palabra del idioma que no se gasta nunca. Ninguna otra resistiría al incesante empleo que hacen de ella los enamorados.

Después, como había gente delante, cesaron de hablar, contentándose con estrecharse suavemente la mano.

El señor Gillenormand se volvió á los que estaban en el cuarto, y les dijo:

—Vamos, hablad alto, meted ruido, ¡qué diablo! para que estos muchachos puedan charlar á su gusto.

Y acercándose á Mario y Cosette, les dijo por lo bajo:

—Tuteaos. No os violentéis.

La señorita Gillenormand contemplaba con cierto estupor esta irrupción de claridad en su interior de solterona. Pero aquel estupor no tenía nada de agresivo; no era por ningún concepto la mirada gachona y envidiosa de una vieja zorra corrida; era la mirada imbécil de una pobre inocente de cincuenta y siete años; era la vida sin objeto contemplando el amor, ese triunfo.

—Ya te lo tenía anunciado,—le dijo su padre;—no podía dejar de sucederte esto.

Permaneció un instante en silencio, y luego añadió:

—Mira la dicha de los demás.

Dirigiéndose entonces á Cosette, exclamó:

—¡Es preciosa! ¡Preciosa! Es una obra de Greuze. ¿Y vas tú solo á poseer semejante tesoro, pilluelo? ¡Ah bribón! De buena te libras. Si yo tuviera quince años menos, nos la disputaríamos á sablazos. Señorita, estoy enamorado de vos, y no tiene nada de ex-

traño que lo esté, pues tal es vuestro derecho. ¡Y qué boda, qué monísima boda vamos á celebrar! Nuestra parroquia es San Dionisio del Santísimo Sacramento; pero obtendré una dispensa para que os caséis en San Pablo, que es mejor iglesia. La construyeron los jesuitas. Os parecerá lindísima. Está mirando á la fuente del cardenal de Birague. La obra maestra de la arquitectura jesuítica se encuentra en Namur. Será preciso ir á verla cuando estéis casados. Vale la pena del viaje. Señorita, coincido enteramente con vuestro modo de pensar; quiero que las jóvenes se casen, pues para eso las ha criado Dios. Quedarse soltera es meritorio, pero frío. La Biblia dice: multiplicaos. Para salvar al pueblo se necesita de Juana de Arco; mas para que no se concluya la especie, se necesita de la tía Antonia. Casaos, pues, hermosas. ¿De qué sirve permanecer solteras? Sé muy bien que se tiene una capilla aparte en la iglesia, y que todos se inclinan ante la cofradía de la Virgen; pero ¡vive Dios! un buen marido, mozo guapo y de provecho; y al cabo de un año un chiquitín rollizo y rubio, que mame por cuatro, cuyos muslos no quepan en las manos de gordos, y que juegue con los piecitos rosados en el seno materno, riéndose con la sonrisa de la aurora; esto vale más que llevar un cirio en la iglesia, y cantar: *¡Turris Eburnea!*

El abuelo ejecutó una pirueta sobre sus talones de ochenta años, y en seguida se puso de nuevo á hablar como movido de un resorte:

Así, limitando el curso
De cavilaciones tantas,
Alcipo, no cabe duda,
Dentro de poco te casas.

—A propósito.

—¿Qué, padre mío?

—¿No tenías un amigo íntimo?

—Sí, Courfeyrac.

—¿Qué se ha hecho de él?

—Ha muerto.

—Más vale así.

Sentóse junto á ellos, hizo sentar á Cosette, y tomando sus cuatro manos en las suyas arrugadas por la edad, dijo:

—Es bocado exquisito esta picarona. ¡Es una obra maestra esta Cosette! Muy niña y muy señora al mismo tiempo; lástima que no lleve más título que el de baronesa, pues ha nacido marquesa. ¡Y qué pestañas tiene! Hijos míos, convenceos de que es verdad lo que pasa á vuestro alrededor y dentro de vosotros. Amaos hasta embobeceros. El amor es la tontería de los hombres y el talento de Dios. Adoraos. Pero,—añadió, poniéndose triste de repente,—¡qué lástima! ahora caigo en ello. Más de la mitad de mis rentas son vitalicias. Mientras yo viva, todo marchará bien; pero, después que muera, de aquí á unos veinte años ¡ah, pobrecillos! no tendréis un cuarto. Esas bonitas y blancas manos, señora baronesa, se verán quizá obligadas á dedicarse á faenas que no son de vuestra clase.

Oyóse, al llegar aquí, una voz grave y tranquila, que decía:

—La señorita Eufrosia Fauchelevent tiene seiscientos mil francos.

Era la voz de Juan Valjean.

No había despegado aún los labios; nadie parecía cuidarse siquiera de que estuviese allí, y él permanecía de pie é inmóvil detrás de todos aquellos seres dichosos.

—¿Quién es la señorita Eufrosia?—preguntó el abuelo como asustado.

—Soy yo,—respondió Cosette.

—¡Seiscientos mil francos!—repuso el señor Gillenormand.

—Menos catorce ó quince mil quizá,—dijo Juan Valjean.

Y colocó en la mesa el paquete que la señorita Gillenormand había tomado por un libro.

Juan Valjean lo abrió en seguida; era un legajo de billetes de Banco. Los contó, y había quinientos billetes de mil francos, y ciento sesenta y ocho de quinientos. Total: quinientos ochenta y cuatro mil francos.

—¡Buen libro!—dijo el señor Gillenormand.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos!—murmuró entre dientes la tía.

—Esto allana muchas cosas, ¿no es verdad, señorita Gillenormand mayor?—preguntó el abuelo.—¡Ese diablo de Mario que ha ido á tropezar en la región de los sueños con una griseta millonaria! ¡Fiaos ahora en los amoríos de los jóvenes! Los estudiantes ¡ahí es nada! encuentran gangas de seiscientos mil francos. Ni Rothschild.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos!—repetía á media voz la señorita Gillenormand.—¡Quinientos ochenta y cuatro! Poco falta para los seiscientos mil. ¡Oh!

En cuanto á Mario y Cosette, no hacían en todo este tiempo más que mirarse, prestando apenas atención á aquel incidente.